

LA INTELIGENCIA SOVIÉTICA EN AMÉRICA LATINA DURANTE LA GUERRA FRÍA*

Nikolai Leonov

En estas páginas se presenta una transcripción de la charla y del diálogo que sostuvo el general Nikolai Leonov, ex vicedirector del Comité de Seguridad del Estado (KGB) de la ex URSS, en el Centro de Estudios Públicos el 22 de septiembre de 1998. Tras ofrecer su visión de las directrices que orientaron la política exterior soviética en el Tercer Mundo durante la guerra fría, el general Leonov destaca aquí el papel decisivo que jugó la Revolución cubana en la política soviética hacia América Latina, y señala que tanto Cuba (triunfo del socialismo sin intervención extranjera) como Chile (instauration del socialismo por la vía electoral) constituyeron dos hitos para las fuerzas socialistas en el mundo entero. Respecto de Chile, además, se refiere a la ayuda prestada por la URSS al gobierno de Salvador Allende, revelando que en el verano boreal de 1973 se habría aprobado el envío de armamento soviético (artillería, tanques) para el ejército chileno, pero que, al recibir después información acerca de

El general (R) Nikolai Leonov fue Vicedirector del Comité de Seguridad del Estado (KGB) de la Unión Soviética entre 1983 y enero de 1991, el segundo cargo más importante dentro de la estructura del KGB. Anteriormente fue Vicedirector del Departamento de Análisis e Información del KGB (1973-1982) y Vicedirector del Departamento de América Latina del KGB (1968-1972). El general Leonov es doctor en Historia de América Latina, Academia de Ciencias de la URSS, y autor del libro *Ensayos de historia contemporánea de América Central* (Mosú: Ed. Nauka, Academia de Ciencias, 1973). En 1995 publicó sus memorias bajo el título *Tiempos difíciles* (Mosú: Relaciones Internacionales). Actualmente es profesor del Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú.

* Conferencia y diálogo editados por M. Teresa Miranda.
Véase también en esta edición la entrevista al general Nikolai Leonov.

Estudios Públicos, 73 (verano 1999).

la inminencia de un golpe de Estado que derrocaría al gobierno de Allende, se dio la orden de desembarcar el armamento en otro país. También relata el plan elaborado por la Inteligencia soviética —el que finalmente no se llevó a cabo— para liberar de la prisión en la isla Dawson a Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista chileno, después del pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973. El general Leonov describe aquí, a su vez, las circunstancias en que se determinó la disolución de la URSS y plantea su visión acerca de la aguda crisis por la que hoy atraviesa Rusia.

Estimados señoras y señores, tengo hoy una difícil tarea: exponer en muy poco tiempo la actividad de la Inteligencia Soviética en esta zona del mundo llamada América Latina. Pero antes de comenzar a tocar el tema en su hueso es necesario decir algo sobre la actitud general de la Unión Soviética y del Partido Comunista de la URSS hacia el Tercer Mundo, al que pertenecía en ese entonces América Latina y al que también pertenece en gran parte ahora.

1. La línea política de Jruschov: 1953-1964

En la confrontación entre Este y Oeste, entre capitalismo y socialismo, entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sobre todo en la posguerra, el Tercer Mundo jugaba un gran papel. Y en la época de Nikita Jruschov, en particular, la política de la Unión Soviética fue muy agresiva, enérgica y proselitista. En esos años los organismos soviéticos se atenían al lema de que el destino del mundo, su futuro, dependía del resultado de la lucha en el Tercer Mundo. Es decir, éste era considerado la reserva del socialismo; así como también era considerado la reserva del capitalismo. Usando el vocabulario de entonces, que creo ustedes entienden perfectamente, en la contienda entre el campo socialista y la potencia capitalista, el que ganase la posición fundamental en el Tercer Mundo sería, al fin y al cabo, el vencedor de aquella lucha titánica que se desarrollaba entre dos mundos diferentes.

¿Qué variantes o qué forma material adoptaba esa política? Ella se materializó en grandes inversiones de capital soviético en los países del Tercer Mundo. Pueden recordar ustedes que en aquellos años construimos la famosa presa de Asuán en el río Nilo, en Egipto, que costó centenares de millones de dólares; una gran planta siderúrgica en Bhilai, en la India; estadios, hospitales y fábricas en Indonesia, etc. Es decir, hubo una masiva intervención del capital soviético. La base ideológica de esta política era

my clara: a medida que desarrolláramos la industria en los países del Tercer Mundo, esas industrias generarían proletariado. Así, nuestra fuerza se multiplicaría con los nuevos destacamentos de proletarios, nuestros aliados de clase.

Ésa era la idea clásica, básica, calculada por muchos años, y que Nikita Jruschov incluso estuvo dispuesto a sostener aplicando medidas un poco aventureras. Quizá el ejemplo más claro que ustedes conocen al respecto es la presencia soviética en Cuba, que culminó en la famosa crisis de los misiles del año 1962. Pero poca gente sabe que para esa época había casi todo un ejército de tropas soviéticas en Cuba. En efecto, alrededor de 40.000 soldados soviéticos estaban acantonados en Cuba y ya habían sido instaladas ahí, o por lo menos transportadas, cerca de 150 ojivas nucleares. Es decir, se trataba de una situación sumamente peligrosa, pero que Estados Unidos no percibió porque sus servicios de inteligencia fallaron en calcular el eventual riesgo que se cernía sobre ellos en caso de que se iniciara una conflagración frontal.

Debido en gran parte al desenlace de la crisis de los misiles en Cuba, Nikita Jruschov fue destituido en el otoño de 1964 y se produjo un giro en la política soviética. La crisis fue demasiado peligrosa para el Estado soviético; estuvimos a un paso de una guerra nuclear. El mundo entero se estremeció de miedo. Y los mandatarios de los respectivos países, Kennedy y Jruschov, pagaron con sus vidas —física o política— el desenlace de esa crisis: Kennedy fue muerto al año siguiente, en 1963; Nikita Jruschov fue destituido en 1964.

2. La administración Brezhnev

Jruschov fue reemplazado en la Unión Soviética por Leonid Brezhnev, cuya administración introdujo cambios sustanciales en la política de la URSS en el Tercer Mundo. Si antes todas las apuestas eran grandes y Nikita se permitía lanzar frases amenazantes y desafiantes —como la que dijo una vez en Estados Unidos, que nosotros los soviéticos haríamos sucumbir a los yanquis—, Brezhnev cambia de lenguaje y se comienza a hablar de coexistencia pacífica. Y, claro, si ha de haber coexistencia pacífica, entonces deben cambiarse las políticas. Ya en el primer año de la administración Brezhnev todo es diferente de la era de Jruschov: comienza a aplicarse una política de moderación, de cautela; algunos podrían decir de cobardía... De entonces en adelante, en las situaciones más tensas, la política soviética se reducirá al envío de consejeros y abastecimiento material.

En este período la Unión Soviética deja pasar situaciones muy ventajosas, no solamente en el Tercer Mundo, y que podrían haber significado una ampliación territorial, ideológica y económica de su poderío.

Recordemos, por ejemplo, el caso que nosotros llamamos 'el complot de los cocodrilos' en Egipto, el año 1972. Egipto es un país clave del cercano Oriente, y en aquel entonces la penetración soviética era bastante profunda. Un día se presentan en la oficina del embajador de la URSS varias personalidades políticas egipcias, entre ellas ministros y otros, y le dicen a éste: '¿Qué diría usted, señor embajador, si mañana tomamos el poder, tumbamos al Presidente Sadat y declaramos el socialismo en Egipto?'

El embajador, que sabía más o menos el tono general del cambio en la política soviética en el Tercer Mundo, se queda callado. Se queda callado, no responde nada. Pasó un día, otro día, y el Presidente Sadat, que tenía sus fuentes de información, de pronto da un golpe de Estado, coge a todos sus colaboradores más cercanos, a esos ministros que se habían acercado a la embajada soviética, y los arresta. Cada uno recibió, creo, 20 años de cárcel. Y así pasa casi inadvertida la posibilidad de comenzar a construir el socialismo en Egipto.

1972 fue el año del fracaso de nuestras ilusiones en Egipto. El descubrimiento del 'complot de los cocodrilos' destruyó nuestras relaciones con Sadat. Los consejeros militares soviéticos fueron expulsados del país y Sadat se negó a pagar la deuda militar de tres mil millones de dólares. Eso significaba una seria crisis en la zona, donde la URSS tenía intereses muy grandes.

Después vinieron otras ocasiones muy propicias. Ustedes recordarán la famosa 'revolución de los claveles' en Portugal: un país de la OTAN donde se derrumba un gobierno muy pro occidental, muy pro yanqui, lo que abría amplias y prometedoras perspectivas para un ensanchamiento de la URSS en Europa. El debilitamiento de la OTAN siempre había sido el objetivo más deseado. Pero la administración Brezhnev también dejó pasar esta ocasión sin intentar dar un zarpazo. Después siguieron otros casos similares.

En cuanto a Angola y Mozambique, fue contra nuestra voluntad que nos vimos involucrados en los acontecimientos de estos países. El primer violín ahí eran los cubanos, y los rusos, a reglón seguido, tenían que sostener materialmente esos pasos; pero no eran iniciativas rusas.

Naturalmente, estoy hablando de tendencias.

Ahora, ¿cuáles fueron las razones de este cambio de la política soviética hacia el Tercer Mundo, y que después se reflejó en América Latina? Creo que la primera razón fue el debilitamiento del propio socialismo en

Europa, lo que se vio claramente en los acontecimientos de 1968 en Checoslovaquia, cuando tuvieron que entrar las tropas del Pacto de Varsovia para restablecer la unidad del bloque y la pureza de su doctrina económica y social. Para Rusia fue un campanazo muy fuerte. Imaginense el miedo y preocupación que ocasionó este episodio en la jefatura de la Unión Soviética. Ante esta situación, claro, el Tercer Mundo quedaba muy lejos...

La segunda razón que debe ser tomada en consideración fue la agudización de las tensiones y contradicciones con China. Precisamente en los años en que ustedes tenían aquí el experimento con el socialismo, durante la época de Salvador Allende, se agudizaron nuestras confrontaciones con China. En 1969 éstas ya habían derivado a conflictos armados en la frontera. Porque ustedes se acordarán, quizá los que son de mayor edad, que terminamos zanjando los problemas territoriales por medio de las armas. En aquellas escaramuzas, que en realidad fueron grandes, hubo gran cantidad de muertos. Las bajas deben haber sido altísimas, miles y miles, sobre todo de la parte china, porque el ejército soviético en aquel entonces, en represalia de las agresiones sufridas, decidió dar un fuerte golpe de artillería sobre el territorio nacional chino.

También se debe considerar que en 1971 Henry Kissinger emprendió un viaje secreto a China, ante el asombro y temor de los líderes soviéticos, creándose así el fantasma de una posible alianza entre Estados Unidos y China.

Claro está que problemas de esta envergadura, sumados a la escasez evidente de recursos técnicos y materiales para una expansión mayor, obligaron al gobierno soviético y al Partido Comunista a cambiar seriamente su actitud en el Tercer Mundo, lo que en el escenario latinoamericano se puede apreciar por los roces que surgieron en las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética en la segunda mitad de los años sesenta.

La situación creada en torno a las operaciones que mantenía el Che Guevara en Bolivia fue motivo de serios distanciamientos entre la Unión Soviética y Cuba. La dirección soviética no compartía la famosa consigna de crear cien Vietnams en el mundo, demasiado miedo tenía ya por la situación en las cercanías de la propia Unión Soviética; además, cien Vietnams costarían demasiados recursos humanos y materiales. Las políticas de Cuba y de la Unión Soviética eran, por consiguiente, diferentes.

Recuerdo incluso, cuando murió el Che Guevara allá en Bolivia, que durante dos o tres días los dirigentes soviéticos estuvieron cavilando en cómo escribir la necrología del famoso guerrillero, como si fuera un asunto de complejo carácter internacional. ¿Qué tono escoger? ¿Elogiar, criticar o hacerlo en una forma objetiva? Al fin apareció la necrología, pero tamaño trabajo significó.

Éste, entonces, fue el contexto de la política mundial y latinoamericana en las décadas de 1960 y 1970.

¿Cuáles eran los factores que guiaban la política exterior soviética en el Tercer Mundo, incluida América Latina y Chile en particular?

Lo primero que se debe reconocer aquí es que la Unión Soviética se desarrolló como una potencia autárquica, es decir, se autoabastecía en todo. Esta línea general, que fue aprobada en los albores del poder soviético en el año 1924, se atenía rigurosamente al principio de vivir con lo se que produce. La Unión Soviética, a diferencia de Estados Unidos, nunca dependió de los mercados o de fuentes exteriores. En materia de minerales, por ejemplo, teníamos cobre, plomo, etc. De modo que cuando se pregunta por el interés que tendría la Unión Soviética en los recursos ajenos, sobre todo latinoamericanos, hay que decir con honestidad que no hubo esos apetitos imperialistas por los recursos de otros países.

Nuestro comercio con América Latina ha sido muy modesto (aparte de Cuba) y arrítmico. Cuando nos faltó algo, por ejemplo carne o grano, hicimos grandes compras a Argentina. También compramos café y soya a Brasil. Con México, por ejemplo, nunca hubo gran intercambio comercial y con Chile era muy pequeño. Así, en 1969 el comercio chileno-soviético ascendía aproximadamente a 300 mil dólares al año, y casi siempre se trataba de productos chilenos que compraba la URSS. En 1970 llegó a 800 mil dólares y en 1971 a ocho millones de dólares. El máximo intercambio comercial que hubo con Chile, veintiocho millones de rublos, tuvo lugar en 1973, durante el último año de Salvador Allende en el poder. De ese intercambio, un poco más de la mitad fueron envíos nuestros y un poco menos de la mitad productos chilenos (cobre, lana y yodo) que iban a la Unión Soviética. Es decir, nosotros no teníamos motivos económicos para movilizar aquí los recursos de inteligencia con el fin de defender algún interés soviético. Por ejemplo, el cobre de la regiones de Boljash, Dzhelkazzgán y Urales satisfacía nuestras necesidades nacionales.

En cuanto a aspectos militares estratégicos, tampoco estábamos interesados en adquirir bases militares en el exterior. Estados Unidos y la Unión Soviética tenían distintas doctrinas militares en lo que concernía a cómo prepararse para la tercera guerra mundial —porque las dos partes estaban preparándose. Mientras Estados Unidos se apoyaba en una red de bases militares diseminadas por todo el mundo, los rusos no tenían bases militares fuera del territorio nacional.

Las pocas bases que adquirimos a raíz de la Segunda Guerra Mundial, como la base en Finlandia o Puerto Arturo en la península de Corea, las devolvimos a Finlandia y China, respectivamente, en un acto de genero-

sidad unilateral. No tuvimos bases militares en el exterior porque las fuerzas armadas soviéticas confiaban en nuestro armamento emplazado en el territorio nacional soviético. Es decir, nuestra estrategia militar se basaba en el desarrollo de cohetes pesados y armas nucleares. Con este tipo de armamento se nivelaba en gran parte el poderío convencional de las dos potencias. De modo que todos los esfuerzos se dirigieron en esa dirección: a desarrollar cohetes que seguramente llegarían al territorio del posible enemigo y le harían un daño inaceptable (gran parte de ese poderío militar se conserva todavía). Desde este punto de vista, todas las acusaciones que aparecieron en la prensa de aquellos años no corresponden ni a la más mínima verdad.

Lo de los misiles en Cuba fue un caso aparte, que no tuvo nada que ver con la doctrina militar estratégica.

Otra cosa es si analizamos el tercer factor, el político.

Chile y América Latina sí representaban para la Unión Soviética un factor político de enorme importancia. Como existía la idea de que el rebaño latinoamericano era una máquina de votación en la ONU en favor de Estados Unidos, de que los países latinoamericanos estaban bajo la esfera de influencia de Estados Unidos, de su capital, entonces para la Unión Soviética era políticamente muy importante debilitar al máximo el dominio que ejercía Estados Unidos en esta región.

De ahí que todos los esfuerzos políticos del gobierno soviético y, por ende, de la Inteligencia de nuestro país, estaban dirigidos a ocasionar el mayor daño posible al dominio norteamericano en este territorio. Por eso apoyamos políticamente, a veces con el envío de armamentos, o con otra ayuda, a todos los que estaban en contra del dominio de Estados Unidos, a cualquier gobierno, a cualquier movimiento de liberación nacional, a cualquier grupo revolucionario. Sin embargo, con pocas excepciones, la extrema izquierda no gozaba de gran popularidad en el Kremlin de entonces. Se la temía y, por eso, siempre se la relegaba. Pero las fuerzas patrióticas razonables en Latinoamérica, de centroizquierda, siempre encontraron un fuerte apoyo de parte de la URSS. Personalmente participé en muchas operaciones de este tipo. Trabajé con muchos líderes latinoamericanos, procurando al menos alentarlos, ayudarlos en lo que fuera posible en su posición antinorteamericana.

En mi libro de recuerdos, que fue publicado en Rusia, confieso algunas operaciones de ese tipo*. Dimos pasos para ayudar a Panamá, por ejemplo, en el proceso de reconquistar el canal. Durante varios años tuve contacto directo con el general Torrijos. Él sabía quién era yo, de dónde

* Nikolai Leonov, *Lijoletie (Tiempos difíciles)* (Moscú: 1995). (N. del E.)

venía y para qué venía. Incluso se me alude en un libro de Graham Greene, *Getting to Know the General*, donde se describen mis visitas al general Torrijos sin mencionar mi nombre. Claro, Torrijos y su gente sólo sabían que yo era un representante de la Unión Soviética, pero, para ser más precisos, yo trabajaba para la Inteligencia... Incluso una vez hicimos con él [con el general Torrijos] cosas inofensivas, pero muy eficaces. Un día el general Torrijos me dice: 'Oye, Nicolás, tú sabes que los yanquis están interceptando todas mis conversaciones telefónicas y todos los sistemas de enlace, estoy seguro de eso. Y como estamos en medio de conversaciones difícilísimas sobre el canal y ellos son muy tercos en discutir las cláusulas del futuro tratado, vamos a hacer lo siguiente: tú regresas a Moscú y yo, de vez en cuando, te voy a llamar por teléfono a tu departamento de Moscú, y con palabras muy vagas te voy a explicar el estado en que están las negociaciones; y tú, también con expresiones vagas, las más vagas y sofisticadas, me vas a decir más o menos la variante que yo debo tomar para seguir las conversaciones. Ellos van a interceptar todo, no entenderán ni pizca, pero tú verás que nos van a tratar en forma mucho más suave que antes'. Mantuvimos esas conversaciones varias veces, sembrando el pánico entre los soviéticos y en mi familia: '¡Llama por teléfono el general Torrijos y dice que quiere hablar contigo!'

De estos casos hubo muchos. Yo visité a por lo menos media docena de presidentes latinoamericanos. Con cada uno de ellos teníamos contactos, claro que no de inteligencia o espionaje directamente, sino que contactos de carácter político respecto de la lucha contra el dominio de Estados Unidos en este hemisferio.

Cuando triunfó la revolución sandinista fui el primero en llegar a Managua. La ciudad todavía estaba humeante y no teníamos embajada, pero yo ya estaba ahí con la cobertura de periodista. Cuando se produjo el movimiento militar en Perú en 1968, fui enviado de inmediato a Chile, también con la cobertura de periodista, porque era la más fácil. Tuve que venir a Chile porque aquí teníamos embajada y podía descargar la información, hacer los primeros contactos y las primeras evaluaciones del proceso. En Perú no teníamos embajada, ni oficina descifradora, ni comunicaciones, ni nada; no tenía, por lo tanto, cómo pasar mi información a Moscú. De modo que a comienzos de 1969 pasé por primera vez a Chile, y ésa fue la única vez que estuve aquí antes de ahora.

Como les decía, nosotros estábamos trabajando políticamente contra Estados Unidos y pusimos todo el corazón en ese trabajo.

Los partidos comunistas de América Latina eran un factor importante en el movimiento mundial comunista. Numéricamente eran un núcleo

fuerte, cerca de veinte partidos. Casi siempre estos partidos estaban a tono con la línea política del Comité Central del Partido Comunista de la URSS. De ahí que las relaciones de cooperación, de contacto, de amistad, fueran muy fuertes. Los líderes de los partidos comunistas gozaban de gran prestigio no sólo en la jefatura comunista, sino también en la sociedad soviética. Por eso es que Luis Corvalán era muy conocido allá, en nuestra tierra, y muy respetado. Igual que Rodney Arismendi, de Uruguay; igual que Víctor Codovilla, de Argentina; pero quizá más el chileno. Y, por lo mismo, cuando miro ahora las sumas de dinero que entregaban los comunistas de la Unión Soviética como ayuda solidaria a los comunistas chilenos, veo que los montos destinados a Chile eran los mayores o estaban en el segundo lugar entre todos los partidos comunistas*. No eran cifras demasiado grandes, ni el oro de Moscú; no era tanto. Pero eran una muestra de solidaridad de clase, de partidos.

Todo trabajo político en América Latina era de suma importancia para nosotros. Claro que, aparte de eso, viene el otro renglón, el trabajo directo de la Inteligencia soviética en América Latina.

3. El KGB en América Latina

¿A qué se dedicaba la Inteligencia soviética en América Latina?
¿Qué cosas hacía?

El trabajo que desarrollábamos aquí era prácticamente el clásico, pero estaba delimitado por una frontera básica: los países latinoamericanos no eran *objeto* de las actividades de la Inteligencia soviética. Y esto por la sencilla razón de que ningún país latinoamericano, Chile entre ellos, era considerado enemigo de la Unión Soviética. En ningún momento, incluso cuando tenían ustedes el régimen militar, percibimos a Chile como un país enemigo. Por lo tanto, no había necesidad de llevar un trabajo contra Chile.

Más bien, todo el territorio de América Latina era considerado por nosotros como un campo de cacería de oportunidades para el trabajo que debíamos realizar contra Estados Unidos. Eso sí, siempre pido disculpas a los latinoamericanos por haber usado su territorio para eso.

Para nosotros era fácil recibir aquí a nuestros contactos de Estados Unidos. Aquí podíamos conversar con ellos, recibir información, pasarles

* El general Leonov alude aquí a las revelaciones sobre la ayuda económica proporcionada por la URSS al Partido Comunista chileno que aparecen en la investigación realizada por Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la guerra fría", *Estudios Públicos*, 72 (primavera 1998). (N. del E.)

dinero —si era necesario—, o proporcionarles algunas cosas técnicas que se requieren en la profesión de espionaje, como dicen algunos (nosotros nunca la llamamos con este nombre).

La contrainteligencia dentro de Estados Unidos es rigurosa, fuerte, pero cuando sale un norteamericano de su país es otra persona completamente. Y si lo recibimos en Río de Janeiro o aquí, o en Acapulco, la situación es completamente diferente...

En América Latina hay muchísimos norteamericanos, hombres de negocios, políticos, periodistas y otros. Era mucho más fácil trabajar con ellos aquí que dentro de Estados Unidos, sobre todo cuando teníamos amigos latinoamericanos que nos ayudaban a estudiarlos, a verlos a través de la luz infrarroja, a descubrir qué debilidades tenían. Esto también nos permitía adquirir gente que podría ser útil entre los ciudadanos norteamericanos. Y, por cierto, el latinoamericano que tenía acceso directo a algunos secretos norteamericanos también entraba en nuestro campo de mira. Un hombre de negocios que trabajaba con Estados Unidos podía comprarnos cosas que necesitábamos, por ejemplo.

Esos son trabajos clásicos de la inteligencia.

Por otro lado, el trabajo 'científico-técnico', como lo denominábamos nosotros, estaba bastante desarrollado. Ustedes usaban en gran parte la tecnología norteamericana, y como nosotros estábamos cercados por un bloqueo técnico-científico, empleábamos todos los medios para romper ese bloqueo.

De modo que América Latina fue uno de los lugares de donde extrajimos alguna tecnología. Incluso buscábamos cosas para la agricultura, semillas, por ejemplo, o lo que nos pidieran los ministerios para nuestra 'economía popular', como la llamábamos. Si nos pedían una especie de papa resistente a los insectos, al frío y a la humedad, claro que la buscábamos aquí, en este continente donde nació papa. Se trataba de un trabajo clásico, pero sin hacer nunca daño a los países latinoamericanos.

En cuanto a Chile, sólo durante nueve años tuvimos relaciones diplomáticas: entre 1964 y 1973. Una parte de este período correspondió al gobierno de la Unidad Popular, y no había necesidad de crear una estructura de investigación más o menos de envergadura; para eso no había objetivos, ni tiempo.

En el KGB había una norma que prohibía reclutar informantes entre los comunistas [de otros países] para no perjudicar la doctrina ni a los partidos hermanos. En Chile, los socialistas de entonces eran más de izquierda que los comunistas, por lo cual estaban al margen del contingente de posibles agentes. Había un punto de observación que simplemente servía de monitor informativo sobre la situación interna de Chile, que era

demasiado simple y evidente como para hacer funcionar el potencial del servicio de Inteligencia.

Ahora, cuando han pasado tantos años y cuando vemos a nuestro país, la Unión Soviética, deshecha por completo, y vemos a nuestro país, Rusia, relegado al último escalón de los Estados del mundo, a veces, al volver a mirar el camino recorrido dan ganas de pronunciar la famosa frase de Simón Bolívar: 'hemos arado en el mar'. En verdad, muchas cosas que estábamos persiguiendo no las conseguimos. Pero recuerdo lo que una vez me dijeron mis amigos latinoamericanos en una conversación: 'No, tú no estás en lo correcto. Mira como está América Latina ahora, mira qué fuertes son los Estados y el grado de independencia que lograron en esos cuarenta años que le dedicamos a la Inteligencia. Mira lo que pasa en Cuba, mira como se ha debilitado la influencia de Estados Unidos en esta zona del mundo, aquella influencia que parecía incólume. Prácticamente en eso está nuestro granito de arena, el que pusimos nosotros en aquellos muchos años de trabajo de Inteligencia en esta región'.

Muchas gracias.

DIÁLOGO CON LOS ASISTENTES AL SEMINARIO

—¿Cómo explica usted la desarticulación tan rápida y sorpresiva de la Unión Soviética?

—La pregunta es de carácter global y muy importante. Creo que nuestra generación apenas conseguirá esbozar una respuesta... Pero puedo darle mi visión al respecto, una visión personal, claro, que puede ser o no la correcta. Soy ciudadano de aquel país al que dediqué muchos años de trabajo dentro de la Inteligencia, dentro del Comité de Seguridad del Estado (KGB), y veo esta catástrofe en una proyección que abarca más de 70 años de la historia del Estado soviético.

En qué me baso: el imperio ruso era un Estado unitario; no estaba dividido en repúblicas según el principio de la nación que las habita. Es cierto que Rusia era un imperio dividido en reparticiones administrativas, pero todas eran iguales ante la ley imperial. Ahora bien, cuando comienza la revolución comunista bolchevique, también brotan aspiraciones nacionalistas. Hay que recordar que los bolcheviques fueron resistidos por muchos caciques distantes de San Petersburgo y de Moscú. Y la propia socialdemo-

cracia rusa, Lenin y Stalin, siempre se referían al imperio ruso como ‘la cárcel de los pueblos’, la cárcel que había que destruir. Entonces, para ganarse las simpatías de estas nacionalidades que poblaban el imperio zarista, los bolcheviques prometieron dar cierta autonomía a cada pueblo que habitaba zonas extensas del país. Y así empezaron a surgir, en el antiguo territorio del imperio ruso, diferentes repúblicas que nosotros llamamos “federadas”, y cada república comenzó poco a poco a adquirir, prácticamente, todos los atributos de un Estado independiente.

El poder central en Moscú, en vez de controlar este proceso separatista, mantuvo los ojos medio cerrados, y cada república, al fin, llegó a tener su propio Partido Comunista y su propio gobierno con ministros, Consejo de Ministros, Parlamento, etc. Cada república llegó a tener su Academia de Ciencias, Unión de Literatos, Unión de Pintores, Unión de Compositores. Y cada república llegó a tener su propio Partido Comunista, con su Comité Central y su propia ideología, un poco teñida de nacionalismo. De modo que había un Partido Comunista de Ucrania, al mismo tiempo que existía el Partido Comunista de la Unión Soviética. Una contradicción, ¿no? El que era militante del partido ucraniano ¿no lo era, al mismo tiempo, del partido de la Unión Soviética?

Las fronteras entre las repúblicas, entonces, fueron dibujadas arbitrariamente en el mapa con un lápiz. Peor aun, nuestros gobernantes pensaban que dándole a Ucrania más territorio de la Rusia central, por ejemplo, se disolvería el elemento ucraniano en la población rusa y que, con eso, se aminorarían las tendencias separatistas y nacionalistas. En consecuencia, a Ucrania se le cedieron territorios poblados por rusos como la zona de Jarkov, una importante ciudad industrial. Después, en el año 1954, pensando siempre que el elemento ruso ayudaría a mantener la cohesión entre las repúblicas, se le dio a Ucrania la península de Crimea, una zona cuya población era mayoritariamente rusa. Con el mismo criterio, a Kazajstán, que nunca antes en la historia había sido un Estado independiente, se le entregó una enorme porción del territorio ruso, con habitantes rusos, los que ahora constituyen la mitad de la población de Kazajstán.

Los líderes soviéticos pensaban que esta situación podría mantenerse en el tiempo, que sólo sería un fenómeno interno de la Unión Soviética. Pero con el correr de los años los dirigentes de esas repúblicas nacionales fueron adquiriendo más y más derechos, más y más privilegios, aislándose más y más del centro. Para cuando asume Gorbachov, la situación estaba prácticamente bastante minada. Era muy peligrosa. Incluso comenzaron a aparecer carteles, posters, que presentaban a la Unión Soviética en forma

de una granada de mano, donde estaban escritos los nombres de las repúblicas. Sólo faltaba lanzar la granada, la que se reventaría precisamente por ahí donde estaban dibujadas esas líneas imaginarias de las fronteras entre las repúblicas.

Esta situación, peligrosísima desde el punto de vista histórico y político, fue creada por el propio poder soviético. Nadie pensó jamás que podría funcionar un día como una mina de tiempo. Y, cuando el peligro nacionalista se hizo patente, ya era tarde.

Recuerdo cuando Andropov, nuestro jefe del KGB, al que yo conocía personalmente, recibió el informe de la situación en Uzbekistán. El jefe del partido ahí, es decir, el jefe omnipotente, era Rashidov. El informe de la KGB sobre Uzbekistán presentaba un cuadro escalofriante: mostraba cómo los dirigentes de la república se habían transformado en un grupo de feroces nacionalistas que ya estaban pensando en separarse del centro, porque es mejor ser jefe de Estado que jefe de una república miembro de un país. Cuando Andropov leyó este informe, no se atrevió a tomar ninguna medida práctica represiva contra la dirección de esta república; claro, en la época de Stalin habrían sido todos arrestados, y el problema se habría resuelto fácilmente... Pero, en este caso, Andropov prefirió sacar al jefe del KGB de Uzbekistán y enviarlo a una de las embajadas en Europa oriental para salvarle la vida. Porque lo habrían matado si hubieran sabido que él había redactado el informe.

La situación, en verdad, era muy peligrosa. De ahí la famosa sentencia de Andropov: 'Nosotros erradicamos el nacionalismo en aquellas formas en que lo habíamos heredado de la época zarista, pero el nacionalismo apareció en otras formas, con otras vestiduras, por lo que hay que trabajar muy duro y por mucho tiempo para erradicar este mal'. Andropov tenía mucho cuidado porque sabía que existía el peligro de una detonación.

Cuando Gorbachov llega al poder comete un error tremendo. Sabiendo que existía este problema, que ya era evidente, adopta una medida drástica: destituye al Primer Secretario del Partido Comunista de Kazajstán, que respondía al nombre de Kunaev, y lo sustituye por un ruso, Kolbin, del centro. Éste fue un error de gran tamaño.

Días después surge el primer motín armado en la capital de Kazajstán. La juventud de nacionalidad kazaja sale a protestar contra este cambio de los jefes de la república y deben entrar las fuerzas del orden público. Entonces se producen las escaramuzas y ocurre lo inevitable: los jefes de las repúblicas se dan cuenta de que esto también podría ocurrirle a cualquiera de ellos y comienzan a revisar las estipulaciones del tratado que

había servido de base a la Unión Soviética. Se inicia, así, el proceso de desintegración.

Después aparecen otras dificultades, como los conflictos étnicos entre los azerbaijanos y los armenios, entre los turcos y uzbekos, etc. Esta cadena de incendios sólo podía ser extinguida por una mano férrea. Pero Gorbachov no era bombero; era incendiario. Prendió mechas por dondequiera; tiró cerillas por todas partes y brotaron los conflictos.

Hacia 1990 ya había cobrado impulso la idea de convertir a la Unión Soviética en una Confederación. Así se llega a la etapa final: la ruptura de la Unión Soviética.

Fue entonces que un grupo de influyentes políticos, entre ellos el Vicepresidente, el Ministro de Defensa, el Ministro del Interior, el presidente del KGB, todos en contra del tratado que preparaban Gorbachov y los líderes nacionales, intentaron detener, en una especie de parodia de complot, este proceso de desintegración. Y así, un día antes de la firma del nuevo tratado que convertiría a la Unión Soviética en una Confederación, se produjo aquel fallido encontronazo de agosto de 1991. Lo llamaron 'putsch', pero no fue ni putsch ni nada, porque no hubo empleo de fuerza. Fue sólo un gesto de ancianos, de exhibición nada más.

Así desapareció la Unión Soviética.

Cuando Gorbachov fue obligado a dejar el cargo de Presidente de la Unión Soviética, lo primero que hizo Yeltsin fue irse al bosque de Bielorrusia y firmar aquel papelito que ponía término a la Unión Soviética. Fue un acto absolutamente ilegal, arbitrario. Porque cuando se creó la Unión Soviética, en el año 1922, estuvieron presentes en el Kremlin, en Moscú, 4.000 delegados de todas las futuras repúblicas. Ellos discutieron y deliberaron sobre el problema de crear un Estado único, votaron en favor de éste y así se legalizó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El escenario mismo de la liquidación de la Unión Soviética es una cosa de cuentos. Se reunieron tres líderes, el ucraniano, el bielorruso y el ruso* en una pequeña casita de caza, ubicada en lo más recóndito del bosque, en una zona de veda donde viven bisontes; una zona reservadísima. La casita misma está a unos 500 ó 600 metros de la frontera con Polonia. Parece que tenían miedo de que el ejército se sublevase si firmaban; ahí, por lo menos, de dos brincos estarían al otro lado de la frontera.

Nunca se celebran de esta manera los actos históricos de gran envergadura; además, siempre se efectúan en una plaza central o en un lugar importante. Pero esta vez parecía que se trataba de ladrones repartiéndose

* Kravchuk, de Ucrania; Shushkevich, de Bielorrusia, y Yeltsin, de la Federación Rusa. (N. del E.)

el botín: tú recibes eso, tú esto otro. Ningún otro jefe de república fue invitado a participar. En el acto de liquidación de la Unión Soviética participaron, entonces, líderes de tres de las quince repúblicas. Pero las 12 repúblicas restantes no estuvieron presentes. Sus diputados estaban en Moscú esperando el desenlace y no salieron del Kremlin durante dos semanas porque no podían creer que la Unión Soviética había sido disuelta sin que siquiera se les hubiese consultado. Cuando tuvieron que aceptar lo inevitable, abandonaron el Kremlin casi llorando. Fue una independencia impuesta.

Así fue liquidada la Unión Soviética. No sé si se ha logrado darles una idea de cómo ocurrió esto, de dónde estaba la mina de acción retardada que pusieron por debajo de la Unión Soviética los propios líderes comunistas en los años 20, 30, 40.

—*Mi siguiente pregunta, general, se refiere a la situación actual y futura de Rusia. ¿Cómo ve usted la salida de la severísima crisis que atraviesa hoy Rusia? ¿Cuáles serían los escenarios posibles y, dentro de esto, qué papel juega para usted el nacionalismo en este momento?*

—Creo que hay solamente dos variantes para salir de la situación en que estamos. La variante número uno, que se menciona muchas veces en Rusia, es la llamada 'Pinochet'. Si ustedes estuvieran en Rusia se asombrarían de la frecuencia con que se oye decir que necesitamos un Pinochet, un general Franco o alguien que ponga fin a esta descomposición del Estado, de la sociedad. De modo que éste es un camino, un camino de fuerza y de cierta violencia, para poner término a este proceso dramático, trágico, de descomposición. El otro camino o variante es el reforzamiento de la democracia, la instauración del llamado 'imperio de la ley'. Es decir, salvar lo que proclamamos en el papel, en las palabras, en 1991, y que no hemos cumplido hasta ahora. Puede haber, tal vez, una variante combinada: un hombre fuerte, ¿verdad?, con algunas cosas de democracia. Pero es difícil.

Si no funciona ninguna de esas dos variantes, también es posible que se dé una tercera variante: escisión, la separación de varias repúblicas más, de varias regiones. Ahora, en efecto, vamos en este rumbo... Los ciudadanos de Rusia ya no son hoy todos iguales ante la ley, ni tampoco somos ya un país homogéneo. Ahora somos un país compuesto por diferentes núcleos, étnicos o administrativos, que se mantienen bastante independientes.

Tomemos como ejemplo Tataria, una región muy importante, donde hay fábricas de aviones y helicópteros, habitada básicamente por tártaros y cuya capital es Kasán. Ya los tártaros han declarado que sus hijos no van a servir en el ejército ruso fuera de los límites de Tataria, y que no van a

pagar al erario federal impuestos más altos que aquellos que ellos mismos se han fijado. Y a los tártaros les siguen otras repúblicas.

Ahora, con la crisis financiera, muchos gobernadores están adoptando medidas de autodefensa: por ejemplo, prohíben la exportación de productos alimenticios. No dejan salir harina, trigo o carne, porque dicen que cada cual debe sobrevivir dentro de su propia región. Y las regiones son grandes; algunas son quizás más grandes que Chile...

Por falta de mantenimiento del ejército, algunos gobernadores están pidiendo facultades para aprovisionar y asumir la responsabilidad de los ejércitos acantonados en sus territorios. Ustedes quizás han oído el nombre del general Lebed, que es gobernador de una de las zonas más extensas y ricas de Siberia, cuyo territorio es varias veces el de Chile. Lo primero que hizo Lebed hace poco, al asumir, fue reclamar el mando de las tropas acantonadas en esa zona, en la que, dicho sea de paso, hay varias instalaciones de cohetes. Lebed dice que las tropas están pasando hambre y que eso es peligroso; que si ellos van a alimentar a los militares y mantenerlos, entonces deben tener el mando de esas tropas... Ya comienza, entonces, el desmembramiento del ejército.

En este momento el proceso de escisión en Rusia es evidente. De esto hablan la mayoría de los analistas y los políticos que se dan cabal cuenta de este peligro. El famoso Brzezinski, en su último libro, *El tablero de ajedrez*, precisamente habla de eso*. Dice que la tarea principal de los líderes rusos ahora es mantener la unidad del país. Él insiste en que Rusia, lo que quede de Rusia, debe dividirse en tres Estados: un Estado en la parte europea de Rusia, otro Estado en el Extremo Oriente, y el tercer Estado en Siberia y los Urales. Eso lo dice abiertamente. La gente lo lee, lo comenta.

Sí; éste es ahora el peligro real. Cuando no existe en verdad gobierno, cuando el Presidente no es nada, ni física ni intelectualmente, entonces ésta es la variante real que se está dando en Rusia.

Volviendo a la variante 'Augusto Pinochet': es difícil que ésta adopte una forma tan pura como en Chile, porque en Rusia no hay una fuerza militar homogénea, una fuerza cohesionada que pudiera servir de plataforma de apoyo para un general o para un civil que quisiera convertirse en salvador de Rusia. El ejército ruso no es el ejército chileno. Aquí, en Chile, desde el soldado hasta el general están unidos institucionalmente, tienen el mismo sentido corporativo, tienen más o menos los mismos intereses. En Rusia el ejército es diferente; antes que nada, no es profesional. El soldado no quiere permanecer ahora en el ejército y busca la primera oportunidad para

* Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Gestrategic Imperatives* (Harpercollins, 1998).

desertar. La juventud inventa miles de pretextos para evadir el reclutamiento ¡Hasta en las estaciones del metro se venden folletos de cómo evadir el servicio militar!

El cuerpo de oficiales, por otro lado, está ligado al aparato militar. Pero por falta de pago, por falta de vivienda, todos los oficiales buscan ahora la forma de encontrar una ocupación fuera del ejército, o bien tratan de aguantar lo más posible hasta alcanzar la edad en que se tiene derecho a la pensión de un oficial, que si bien es raquítica, al menos se paga con mayor regularidad que los sueldos. Por eso los oficiales están muy desmoralizados. Muchos de ellos habían sido idealistas en la época socialista, gente que servía el ideal socialista y que no tenía que preocuparse de cosas como la vivienda, porque el poder soviético garantizaba a cada oficial retirado un departamento. Pero eso ahora no se cumple.

Por otro lado, los generales, que tuvieron amplio acceso a los enormes bienes materiales y financieros del ejército soviético, se han enriquecido con ellos y están tan distanciados del resto del ejército que no hay ninguno con autoridad como para liderar una gesta patriótica o salvadora.

Yo no veo, por el momento, a ninguno de ellos ni al ejército en una situación capaz de repetir la hazaña o la gesta de los militares latinoamericanos, que muchas veces intervenían en política como salvadores de la patria. Creo que en Rusia eso sería difícil. Quizás podría lograrlo una personalidad fuerte, pero se tendría, entonces, que convocar al pueblo entero e iniciar una verdadera revolución para crear nuevas fuerzas armadas. Tendría que crearse una milicia popular o habría que disponer de una palanca militar con que detener el desorden reinante en el país, tomando, quizá, el resto del ejército, sobre todo algunas unidades que son estratégicas, coheriles, las que todavía mantienen algún grado de combatividad... Eso podría ser posible, porque el anhelo de la población está ahí, precisamente, porque estamos al borde de la supervivencia, de lo que queda de nosotros como pueblo, como etnia rusa.

La variante democrática, por otro lado, la veo casi improbable en Rusia. Por difícil que es reconocerlo, nuestro país no estaba preparado para la democracia. Nunca antes la había conocido. El imperio ruso era absolutista y el poder soviético era totalitario, como dicen, pero siempre hubo unitarismo: ideológico, económico, administrativo, militar. La democracia no formaba parte de la vida, salvo en formas caricaturescas que no cuentan. Democracia, de veras, no habíamos tenido. De un día para otro, sin embargo, se declara la democracia y la libertad para todos, y la libertad se convierte en libertinaje porque no hay instrumentos que garanticen su cumplimiento. El Parlamento dicta leyes pero nadie las respeta, ni el propio

Presidente. Todos violan las leyes. El desprestigio de la ley es total, total. Por eso, buscar ahora la solución democrática es muy difícil. Los ánimos de las fuerzas políticas están demasiado contrapuestos. La corrupción, el robo, están demasiado extendidos: el país está prácticamente penetrado por la metástasis cancerosa de la corrupción. Esto lo reconoce Estados Unidos; lo reconocemos nosotros mismos. No es ningún secreto.

Da pena hablar así de la situación del propio país, pero debemos buscar alguna solución a los males que existen. Por eso estamos pensando en la posibilidad de una y otra variante. Una es la del hombre fuerte, con violencia, e incluso con sangre (poquita, espero, porque realmente no nos queda mucha...). La otra variante es la de la democracia, que todavía no se descarta. Por ejemplo, ahora se ha propuesto la idea, con el consentimiento del señor Presidente, de convocar a una Asamblea para reformar la Constitución impuesta en forma absolutista. Pero el calendario para todas las enmiendas a la Constitución es tan largo, que no creo que quedará ni la mitad de los rusos para el momento en que logremos reformar la Constitución, elegir nuevo Presidente y jurar todos respetar la ley. De modo que aunque se hable de la variante democrática, realmente la veo poco probable en nuestro país.

Creo que buscaremos una figura fuerte en las elecciones del año 2000. Los dos posibles candidatos que se perfilan ahora pertenecen a este tipo. Uno, si no aparece otro, va a ser el alcalde de Moscú, Luzhkov, un señor chaparrito, calvo, pero enérgico. Luzhkov, en verdad, tiene dotes de constructor, energía y talento administrativo, porque maneja Moscú. Cuenta, además, con recursos financieros y tiene el apoyo de muchos gobernadores. De manera que puede ser él. Pero tendrá que administrar el país mediante leyes extraordinarias apoyándose en las fuerzas represivas, porque de otra forma es imposible detener la corrupción, el robo...

El otro candidato puede ser el general Lebed, de Siberia, del que les hablé recién. Si el alcalde de Moscú tiene más o menos una fisonomía política clara, o al menos más comprensible, con Lebed no sucede así. Luzhkov es un patriota, es duro, buen administrador y se preocupa algo de las necesidades de la gente. Por ejemplo, a los pobres pensionados, que no tienen con qué pagar el pasaje en el transporte urbano, se les autorizó a viajar gratis en el metro. Cuando se produjo esta crisis terrible de ahora, Luzhkov, desafiando la ley federal, aumentó las pensiones de los jubilados que viven en Moscú. No fue mucho, pero a todos les aumentó su pensión. También se ha preocupado de que conservemos algo de nuestra industria automovilística, y ha logrado mantener dos grandes plantas de automóviles, incluso utilizando recursos provenientes de los occidentales, mediante el arriendo de edificios para oficinas, etc.

En cambio, Lebed, un hombre que parece autoritario —ustedes quizás lo han visto en las pantallas de televisión, con la voz ronca, expresándose en forma escueta y en un tono a veces sofisticado—, es un candidato al que yo le tengo poca confianza, porque es alguien que ha cambiado de posición y se ha pasado de un lado para otro en varias ocasiones. De modo que es muy difícil decir por dónde va Lebed en definitiva...

Para que ustedes tengan alguna idea, Lebed fue general de las tropas de paracaidistas en la época soviética. Él fue designado para mandar las tropas que asaltarían la famosa Casa Blanca moscovita* y detendrían a Yeltsin. Sin embargo, se presenta a la Casa Blanca, que es la sede del gobierno, y se pone a disposición de Yeltsin. Éste le promete algo —ninguno de los dos dice qué— y Lebed sale y dice que es imposible tomar por asalto la Casa Blanca, que es una verdadera fortaleza, que es inexpugnable... Pero aquello se acaba. Yeltsin no le da a Lebed el puesto de Ministro de Defensa que le había prometido y Lebed, enojado, se arranca la medalla de defensor de Yeltsin, se la tira a la cara y adopta la posición de ofendido. Entonces Yeltsin lo envía lejos, a Moldavia, donde hay un ejército pequeño, el Ejército 14, un ejército de 'cuadros', como decimos nosotros, es decir, básicamente de oficiales del Estado Mayor, pero donde había enormes depósitos de equipamiento y provisiones militares destinadas para la tercera guerra mundial. Lebed, entonces, podría hacer su 'agosto' con toda la riqueza que estaba disponible ahí.

Estuvo dos años allí, alejado de Rusia, como jefe de esa unidad militar. Pero llegó el momento en que se hartó de seguir vendiendo lo que había allí, que era mucho, y de pronto decidió volver a la política. Viene a Moscú y lanza un par de documentos muy nacionalistas, muy patrióticos. Se retira del ejército, una vez más en forma de oposición a Yeltsin, y en la campaña de 1996 surge como candidato a la presidencia. La gente le da crédito, porque la propaganda ha hecho efecto y muchos ya les tienen miedo a los comunistas, mientras que Lebed aparece como un patriota igual que ellos pero sin ese estigma. Quince millones de rusos le dieron su voto al general Lebed.

Yeltsin, líder de los demócratas, gana las elecciones. Y el general Lebed, que había hecho toda su campaña desde la oposición, de pronto hace alianza otra vez con Yeltsin. Le entrega así los quince millones de votos de sus seguidores y se convierte en un funcionario del gobierno de Yeltsin. El que ayer criticaba a Yeltsin hoy es su mano derecha en la guerra de Chechenia. Pasan, creo, tres o cuatro meses de colaboración con

* Edificio de mármol blanco que entre 1991 y 1993 fue la sede del Soviet Supremo de la Federación Rusa, llamado por la población moscovita como 'Casa Blanca'. (N. del E.)

Yeltsin, y otra vez rompe Lebed con él. No está contento con el puesto que le dieron. Se retira, y después de permanecer cerca de un año en la sombra aparece como candidato a gobernador de esta región siberiana. Y con el dinero que obtuvo de los bienes del ejército, con la ayuda de algunos mafiosos, como dicen, que controlan la industria de aluminio que está concentrada en esa zona, ahora asume como gobernador. ¿Es Lebed aliado de Yeltsin o es opositor a Yeltsin? ¿Es patriota o es títere de la mafia de aluminio? No sé decirlo, pero yo nunca le daría mi voto a alguien como él, aunque me dijera que va a imponer orden y todo lo demás... Su equipaje intelectual, además, es casi nulo.

—*Yo quisiera volver un poco a la problemática latinoamericana. Mi primera pregunta se refiere a Cuba: ¿qué significaban Cuba y la Revolución cubana para la Unión Soviética?, ¿en qué medida la Revolución de Cuba impactó en forma global, o afectó, digamos, la política exterior de la URSS y el trabajo del Servicio de Inteligencia en América Latina?, ¿era Cuba satélite de la política soviética o tenía una política independiente?, ¿qué tenían en común y en qué diferían la Unión Soviética y Cuba en el terreno latinoamericano?*

—*La segunda pregunta es sobre Chile. ¿Qué significó Chile para la Unión Soviética y en qué medida la victoria de Salvador Allende afectó la visión que tenía de Chile la Unión Soviética?*

—La revolución cubana tuvo un papel muy importante en la política de la Unión Soviética. Su triunfo marcó una línea divisoria en la política latinoamericana de la Unión Soviética. Antes del triunfo de Fidel, América Latina era considerada como parte de un continente que incluía a Estados Unidos: es decir, la región no estaba separada de la problemática norteamericana. Por ejemplo, en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS existía el Departamento de América, que incluía a ambos: a Estados Unidos y a Latinoamérica. Lo mismo sucedía en la propia Inteligencia, donde yo trabajaba. Pero a raíz del triunfo de Fidel crece el interés hacia América Latina y se perfilan intereses estratégicos, lo que hace surgir la necesidad de estudiar la región y de prestarle atención como a una zona con sus características sui géneris. Es entonces cuando se crean en la Unión Soviética instituciones dedicadas a Latinoamérica: en el Ministerio de Relaciones se establece un Departamento de América Latina, y en la Inteligencia se separa América Latina de Estados Unidos; dentro de la Academia de Ciencias de la URSS se establece el Instituto de América Latina; a su vez, se funda la revista *América Latina*. Es decir, América Latina entra a la arena política soviética gracias a Cuba, porque antes de eso había un interés mucho más limitado. De modo que la respuesta es sí: Cuba jugó un papel muy grande.

¿Era o no Cuba satélite de la Unión Soviética? Bueno, conozco a los líderes cubanos y he seguido muy de cerca su proceso, desde el asalto al Moncada hasta mi última visita a Cuba, en el mes de agosto pasado, y puedo asegurarles que los cubanos siempre han tenido su propio camino político, económico y social. Nunca fueron satélites de la Unión Soviética.

Es más, las relaciones diplomáticas con Cuba se establecieron un año y medio después del triunfo de la revolución cubana. De modo que ellos no corrieron desesperados a la Unión Soviética. Recién en mayo de 1960 se abrió la embajada soviética en La Habana. Sólo las dificultades y tropiezos que tuvieron los líderes cubanos con Estados Unidos en los primeros años de la revolución los llevó a la conclusión de que podían encontrar cobijo, ayuda y apoyo del otro lado del mundo. Las relaciones, claro, se hicieron más estrechas después del episodio de bahía Cochinos y de la complicada crisis de los misiles.

Pero Cuba mantuvo siempre una política muy independiente. Los cubanos nunca consultaban a la Unión Soviética lo que ellos hacían en América Latina. La consideraban un área de ellos: el mismo idioma, la misma religión, la misma historia, la misma mentalidad.

Para los cubanos, los rusos eran en América Latina, bueno, gente deseable, pero en un segundo plano o tercer plano... A veces nosotros teníamos que consultarles a ellos algunas medidas que pensábamos emplear aquí; pero dondequiera que fuera, ellos actuaban independientemente. En África, por ejemplo, recuerdo que cuando ayudaron a Etiopía, durante la guerra contra Somalia, había discrepancias entre los militares cubanos y soviéticos. Los cubanos planeaban llevar a cabo una maniobra de profunda penetración en la retaguardia somalí y los generales soviéticos que estaban ahí expresaban dudas, decían que eso era imposible. Los cubanos insistieron y ganaron la guerra, logrando así ascendente entre sus colegas soviéticos. Lo mismo ocurrió en Angola, donde las tropas eran cubanas. Después, claro, tuvimos que entrar para sostenerlos materialmente, con armamento, etc. Pero cuando los rusos daban consejos, Fidel muchas veces contestaba: 'La sangre que se vierte aquí es cubana, los consejos de ustedes son huecos'. Y así sucedía dondequiera que fuera. Ya mencioné antes la operación del Che Guevara en Bolivia. Nosotros no sabíamos nada de ella; era cosa de los cubanos.

De modo que los cubanos nunca fueron satélites. Muchas veces se acercaban o se alejaban de nosotros por motivos tácticos, pero no se podría decir que eran satélites.

Otro ejemplo: en los estatutos del Partido Comunista soviético hay un párrafo que dice: 'La militancia en el partido es incompatible con las

creencias religiosas'. Fidel Castro decía que eso era un gran error, que un creyente podía ser miembro del Partido Comunista, que no había incompatibilidad ideológica. 'Nuestro partido, nuestra sociedad', decía, 'tiene sus propias características', y hacía las cosas como a él le daba la gana. Fidel era muy independiente en todo, pero siempre tuvo un prestigio enorme en la Unión Soviética, lo que a veces también provocaba envidias. Y aquí se podría mencionar, por ejemplo, la irritación que debía provocar en algunos dirigentes —porque todos los jefes políticos son, al fin y al cabo, hombres de carne y hueso, con sus debilidades— los sonoros aplausos que siempre recibía Castro en los Congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética, los que se celebraban con toda la solemnidad de aquellos años en el gran palacio del Kremlin. La gente estaba atenta a los aplausos que recibían del auditorio los dirigentes de las delegaciones extranjeras de los partidos hermanos: el ganador siempre era Castro.

En cuanto a Chile, bueno, para nosotros este país tuvo un valor enorme y una importancia histórica por aquello de la instauración del socialismo por la vía democrática de Salvador Allende.

Chile presentaba una oportunidad única para demostrar al mundo que el socialismo era capaz de triunfar usando la vía electoral, pacífica. En esto consistía su atracción y su importancia política para todo el mundo, especialmente para las fuerzas de izquierda.

Para ser más explícito, hay que decir que la instauración del socialismo siempre antes había estado ligada con el empleo de la fuerza, con la violencia, con la revolución y la guerra civil. Así fue en la Unión Soviética con la Revolución de Octubre. En China, el triunfo de la revolución fue en gran parte hechura de la Unión Soviética, porque les dimos territorios liberados de los japoneses, les dimos armamento en abundancia: armamento que cogimos como botín en la Segunda Guerra Mundial. Y en Europa Oriental fue el ejército soviético el que, persiguiendo a los nazis, estableció regímenes socialistas en esos países.

América Latina ha dado dos ejemplos únicos y singulares: el de Cuba, donde el triunfo del socialismo se produjo sin intervención extranjera alguna (la revolución en China fue realizada con ayuda de la URSS); Chile, con su vía pacífica. Todo esto enriquecía el pensamiento político mundial del socialismo; esto realmente representaba algo nuevo para la teoría del socialismo. Salvador Allende construía una sociedad nueva sin destruir la antigua máquina gubernamental: se conservaba el ejército anterior, el sistema judicial antiguo...

Esto nunca antes se había visto. Y no sólo la opinión pública en la Unión Soviética, sino también en Europa, lo percibió así. ¿Será eso posi-

ble? Todos estaban mirando el caso chileno y lo seguían día tras día con mucha ansiedad. Si Allende triunfaba se iba abajo, de pies a cabeza, toda la teoría del marxismo, porque el marxismo decía que la revolución o la construcción del socialismo requiere necesariamente la destrucción del aparato de Estado, la disolución del ejército viejo y una transformación completa. La teoría estaba claramente expuesta en el famoso libro de Lenin *Revolución y Estado*.

Claro, todas nuestras simpatías estaban con este experimento, y por eso seguimos con mucha atención el caso chileno. Pero no creíamos en su éxito, porque lo de Chile contradecía en todo lo que estaba escrito y habíamos aprendido.

Si de veras hubiera triunfado esa experiencia, creo que ustedes habrían sido los colonos de la historia moderna de la humanidad, porque habrían abierto una ruta nueva, una ruta desconocida.

Fidel dice que la catástrofe que ha tenido ahora el socialismo es temporal, que es una cosa provisional. Algunos dicen que desaparece el comunismo, el socialismo, como doctrina, como camino del futuro, y mucha gente dice que no. Yo también pienso que no se puede dejar la puerta cerrada para siempre. Desapareció la Unión Soviética, pero existen muchos partidos comunistas en Europa, en América Latina, que mantienen todavía la bandera. La humanidad nunca dejará de soñar con los principios de igualdad, de justicia, en una forma o en otra. Además, sería absolutamente erróneo pensar que lo que tenemos ahora, ustedes aquí y nosotros allá, es el fin del desarrollo social de la humanidad, y que después de eso no hay nada más. Yo creo que la revolución seguirá más adelante, que buscaremos otras formas de convivencia y que los elementos del socialismo sobrevivirán.

El propio Fidel, cuando habla ahora de la situación en su país, dice que tenemos que reconocer que la derrota del socialismo es temporal y acoplarnos al mundo cambiado, pero que hay dos valores que es preciso defender hasta donde sea. El primero es la gran conquista social del acceso gratuito de todos los cubanos a todos los niveles de educación y preparación. El otro es el acceso de todos los cubanos por igual al servicio médico gratuito. Esos dos valores, dice Fidel, nosotros nunca los sacrificaremos.

Ésta es la médula, al fin y al cabo, de cualquier sociedad justa. Es injusto cuando la gente tiene diferentes puntos de arranque en la vida, como decimos nosotros. Los socialistas del siglo pasado pensaban que Dios nos creó a todos iguales y que todos debemos tener las mismas oportunidades de éxito en la vida. Ellos pensaban que cada cual debe tener lo que puede ganar por sus propias capacidades personales, pero no dejar herencia, porque la herencia hace a los hombres desiguales en la carrera de la

vida. Es injusto cuando alguien ya tiene herencia, conexiones, amistades, etc., y en consecuencia arranca un kilómetro antes que otro en la carrera de la vida. Los socialistas siempre han buscado cómo terminar con eso. Pero esto ya es otro cuento...

—*Quisiera que profundizara un poco lo que dijo sobre Chile: ¿qué hicieron ustedes para ayudar al gobierno de la Unidad Popular o, más bien, por qué lo dejaron caer? ¿O fue como una revolución de los claveles o de los cocodrilos? ¿Qué pasó exactamente?*

—Mire, estoy seguro de que la correlación de fuerzas en aquel entonces era desfavorable para el experimento de Salvador Allende. Como les expliqué antes, en esa época los rusos enfrentaban conflictos con China, con Estados Unidos, y el debilitamiento del sistema socialista al lado [en Europa del Este]; además, los recursos materiales ya estaban agotados en gran parte.

Teniendo un respeto profundo hacia el experimento político, hacia este país, debo decir que no había forma ni decisión para intervenir en zonas tan lejanas, tan profundas, cuando las correlaciones de fuerza, incluso en Chile, eran absolutamente desfavorables. Las inversiones norteamericanas aquí alcanzaban a mil millones de dólares. Estados Unidos tenía aquí intereses en grandes cantidades, y a esos intereses estaban ligados muchos chilenos. Los rusos no tenían en Chile ningún apoyo que no fuese el del Partido Comunista chileno o de alguno que otro sindicato. Esto tenía un carácter emotivo, ideológico, pero no era una cosa concreta, material.

Los rusos hicieron lo máximo que pudieron en aquel entonces. Aparte de la ayuda política, moral, se dieron créditos. Al principio hubo un crédito de 57 millones de dólares, después se otorgó otro. Se enviaron aquí tres barcos pesqueros para que pescaran en aguas chilenas y surtieran con su producción a la población. Cuando aquí se produjo el terremoto en 1971, con sus devastadoras secuelas, la Unión Soviética regaló una fábrica con capacidad para construir 70 mil metros cuadrados de viviendas prefabricadas al año. En febrero de 1972 llegó el primer barco, el ‘Lunacharsky’, con equipamiento para la fábrica. En enero de 1973 fue terminado el montaje, y en julio de 1973 se construyeron los primeros dos edificios de 48 departamentos cada uno.

A fines de 1971, a las costas chilenas llegaron los primeros tres barcos factorías, ‘Promyslovik’, ‘Sumy’ y ‘Yantar’. Eran fábricas flotantes, funcionaron hasta el mismo día del golpe entregando a los chilenos 17 mil toneladas de pescado congelado y 2,5 toneladas de harina de pescado. Allende apreciaba mucho la ayuda de estos barcos.

También se planificaba construir un gran centro de industria pesquera en la ciudad de Colcura [provincia de Arauco], con un puerto para 50 grandes barcos de pesca, con refrigeradores y equipamiento para producción de hielo.

Durante la administración de Allende suministramos a Chile 3.100 tractores, y teníamos previsto construir una fábrica de producción de lubricantes, que empezaría a funcionar en 1975 para que en 1980 alcanzara tal nivel de producción que hubiera cubierto todas las necesidades del país.

Se habló de un crédito para el envío de armamento soviético, a petición de Salvador Allende —creo que lo pedía [el general] Prats. ... Bueno, nadie pensaba cobrar estos créditos después. Duró algún tiempo la materialización de este crédito, pero en el verano [boreal] de 1973 ya estaban en camino los barcos con armamento para Chile. Sólo que la reacción del Presidente Allende ante el asesinato de su edecán militar produjo una impresión muy negativa: él no aprovechó ese momento para movilizar a las masas y salir a la calle. Porque ya se avecinaba la cosa trágica, y por los informes que se recibieron a través de la CIA —donde nosotros teníamos fuentes, ya que ellos eran siempre el objetivo número uno para nosotros—, teníamos datos seguros de que se produciría un golpe de Estado, que éste ya estaba prácticamente preparado. Entonces, para que no fueran tanques soviéticos los que salieran a la plaza y dispararan contra el Palacio de la Moneda, se dio a los barcos la orden de virar, de cambiar el rumbo y desembarcar el armamento en otros lugares, donde fue vendido.

Dentro de nuestras posibilidades comerciales, se envió aquí bastante comestible: trigo, cerca de 74.000 toneladas; más de un millón de latas de leche condensada, bastante carne congelada, lo que nosotros sacábamos de las relativamente pocas reservas que teníamos.

En fin, se hizo lo posible. Pero no se puede decir que los dejamos a merced, porque realmente la correlación de fuerzas económicas, financieras, militares y todas las demás estaban en contra del gobierno de la Unidad Popular.

Y les confieso que la Inteligencia también emitió su fallo. Lo tengo apuntado en mi libro de memorias. En la primavera [boreal] del año 1973 —no me acuerdo ahora la fecha exacta—, en la sede de la Inteligencia, cerca de Moscú, se presentó Andropov, que era jefe del KGB y miembro del Buró Político. Nos llamó a todos los que teníamos algo que ver con América Latina y nos planteó una sola pregunta: ¿cómo veíamos nosotros el caso chileno; tenía o no *chances*; debíamos usar nuestros últimos recursos o ya era tarde para arriesgar? La discusión fue bastante profunda; estuvimos reunidos como una hora y media. Yo también hablé, porque era

jefe del Departamento de Información y Análisis. Y considerando la realidad de ustedes, ahí, en la sede tan lejana de la Inteligencia, llegamos a la conclusión de que la medida que se planeaba, la de conceder un préstamo en efectivo, creo que se hablaba de 30 millones dólares, no podría salvar la situación en Chile. Eso sería como colocar un parche en un neumático que ya no estaba apto.

Analizamos la situación del ejército, de la economía chilena, de los medios propagandísticos — televisión, radio, prensa— que estaban modelando la conciencia de la sociedad chilena de aquel entonces. Y analizamos la situación interna de las fuerzas que integraban la Unidad Popular, porque había muchas contradicciones, ustedes lo saben mejor que yo, y consideramos la negativa de Salvador Allende de recurrir a las medidas que nosotros, teóricamente, considerábamos justas, es decir, de aplicar cierta violencia, cierta mano de hierro. Nosotros teníamos claro el dicho aquel de que la revolución vale algo cuando sabe defenderse. Pero Salvador Allende quería hacerlo todo dentro de los límites de la democracia —de la democracia burguesa o representativa, como nosotros decimos.

Analizando todos esos factores, más los factores externos, en la Inteligencia llegamos a la conclusión de que ese dinero iría a pérdida muy rápido. Terminamos la reunión con este dejo un poco dramático, porque ustedes no saben lo triste que es pronunciar estas palabras siendo un partidario de corazón, de alma, de este proceso.

—General, dado el interés histórico que tiene lo que usted ha dicho —de que este crédito para comprar armas lo solicitó el Presidente Allende y que se habría materializado por ahí por junio del año 1973, en el sentido de que ya venían los barcos que traían el armamento—, mi pregunta es: ¿iba al ejército ese armamento?, ¿qué tipo de armamento era?

—Yo no estoy enterado de los detalles de este asunto, porque, como digo muchas veces, la estructura gubernamental de la Unión Soviética era como una naranja: cuando se la mira por encima, parece una fruta unitaria ¿verdad?, pero cuando se saca la cáscara, vemos que está dividida en secciones y cada una es independiente de la otra. Una de ellas era el Ministerio de Defensa, otra era el Ministerio de Relaciones Exteriores, otra era el Comité de Seguridad de Estado. Así que muchas veces unos no sabían lo que hacían los otros.

El préstamo militar y envío de armas era un asunto completamente del ejército y del Ministerio de Defensa. Nosotros, como KGB, o Inteligencia, siempre teníamos nuestras diferencias con ellos; siempre había cosas que nos distanciaban, y cada uno tenía sus secretos. De modo que no conozco los detalles acerca del tipo de armamento que venía a bordo de

esos barcos. Sé que venían tanques, eso sí. ¿Cuántos?, no sé decirle; algunas piezas de artillería, pero tampoco sé cuántas. Ahora, sí sé a ciencia cierta —por la persona que le informó al Presidente Allende de que se había concedido este préstamo— que el monto fue de 100 millones de dólares.

—*Una última pregunta sobre este punto, porque me parece que es un tema de gran interés histórico para nosotros: ¿de qué parte de la naranja viene la orden de no desembarcar las armas en Chile?*

—En este caso la orden directa solamente podía emanar en la Unión Soviética de una sola persona: el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista, que en aquel entonces era Brezhnev. Porque sólo él podía disponer de las cosas que atañen a la seguridad del Estado: armamento, tropas y todo eso. Claro que la información le llegó por varios caminos: por la Inteligencia, por el Ministerio de Relaciones, por el Ministerio de Defensa, que tenía su Inteligencia Militar y que también estaba representada aquí, y que supongo que tenía sus contactos en el ejército chileno. Pero todo eso convergió allá arriba, de donde vino la orden de detener el curso de las naves.

—*General, yo le iba preguntar sobre la Rusia profunda de la que nos habla Solzhenitsyn, sobre cómo se ha adaptado esa Rusia profunda a los cambios y si es posible que en el largo plazo los neocomunistas y nacionalistas se adapten. Pero no puedo dejar de preguntarle sobre Chile. Usted decía que Salvador Allende fue un revolucionario. Al mismo tiempo, tenemos el caso de Augusto Pinochet, que para muchos también fue un revolucionario por los cambios económicos que introdujo en Chile. ¿Quién diría usted que fue más revolucionario en Chile: Salvador Allende o Augusto Pinochet?*

—Nosotros siempre consideramos revolucionario al que cambia radicalmente el régimen existente, sea desde las posiciones de izquierda o de derecha. En este caso, el general Pinochet también fue revolucionario, porque él cambió el rumbo de las cosas en Chile. Conservador es el que mantiene la tendencia, el que se preocupa por conservarla. Augusto Pinochet no fue un conservador.

América Latina está llena de revolucionarios, de un lado y de otro.

Y como les decía hace poco, creo que el nombre más mentado ahora en Moscú es el del general Pinochet. A mis anfitriones les he pedido que me ayuden a entender la esencia del proceso chileno, el que fue engendrado en los años de la administración de Pinochet y que después se desarrolló y convirtió a Chile en uno de los países que goza de mayor respeto fuera de América Latina. En mi tierra piensan que éste es un paraíso, capitalista,

floreciente; con gente contenta, satisfecha, sin problemas internos. Yo quisiera que ustedes me dijeran qué hay que hacer para lograr eso.

Como decimos nosotros, recordando a veces el refrán chino: los resultados son la mejor prueba de la justicia de uno u otro político; solamente juzgamos por los resultados finales.

—Durante el período del gobierno militar había más de cien barcos pesqueros, tanto rusos como de la órbita soviética, que pescaban y operaban en el límite de las doscientas millas, penetrando varias veces las doscientas millas. Quisiera saber si algunos de ellos cumplían operaciones militares o de inteligencia y qué resultados obtuvieron.

—Bueno, la pregunta es interesante pero muy específica, y mi contestación puede ser incompleta. Sé que los barcos nuestros venían a pescar aquí en grandes cantidades, porque en aquellos años tuvimos una colaboración bastante amplia con Perú. Había decenas de nuestros pesqueros sacando las riquezas del océano, la que se compartía con los peruanos: una parte para ellos y una para nosotros.

Respecto de otro tipo de operaciones: sí, la prensa norteamericana habló de algunos pesqueros soviéticos equipados con aparatos sofisticados de radioelectrónica. Pero siempre me pareció dudoso. ¿Qué rayos estaban haciendo aquí con aparatos sofisticados radioelectrónicos? Porque la radioelectrónica sirve para interceptar líneas de comunicaciones o captar la presencia de estaciones de radar, militares, etc. Esto fácilmente pudo tener sentido en la zona del Caribe, donde sí había peligro para nuestros barcos y aviones de guerra que hacían escalas de vez en cuando en Cuba. Pero no veo cuál pudo haber sido la razón de traer ese tipo de barcos a las costas de Chile, porque no había bases norteamericanas; o bien yo lo desconocía. Quizá hubo cerca de aquí algún barco de los que mantenían comunicación con satélites, porque teníamos varios barcos que siempre estaban en aguas internacionales haciendo ese trabajo. Francamente, no sé si hubo o no ese tipo de barcos; pero no creo que vinieran acá barcos con objetivos militares.

—General, hace diez años, en un proceso de legalidad controvertida, por decir lo menos, se vieron involucrados algunos generales cubanos, y el Ministerio del Interior cubano —con el cual el KGB tenía relaciones privilegiadas— resultó bastante dañado por este proceso. ¿Cómo vio el KGB esta situación y cómo la evalúa usted, diez años después?

—He observado el proceso cubano a lo largo de decenios, y también seguí atentamente este proceso que usted menciona. Hay algunas cosas que la propaganda, sobre todo norteamericana, ha explotado de año en año, por

decenios. Por ejemplo: las discrepancias que habría habido entre el Che Guevara y Fidel Castro; la historia de que el Che salió de Cuba porque tuvo divergencias con Fidel sobre la construcción del socialismo, etc. Ahora bien, según lo que yo sé, esas afirmaciones son una patraña absolutamente infame. Basta leer la correspondencia que dejó el Che Guevara antes de partir para Bolivia; hay que ver las informaciones que le enviaba a Castro desde Bolivia. Conocí al Che Guevara bastante bien, incluso le serví de intérprete. El Che nunca se habría permitido el lujo de sentirse igual o superior a Fidel Castro. Era un amigo de los más fieles a Fidel.

Discutiendo una vez con los compañeros cubanos sobre la locura esa de meterse en la selva de Bolivia, un país mediterráneo, donde incluso de triunfar la revolución socialista sería imposible mantenerla, porque se estaría rodeado de Estados por todos lados sin posibilidad de recibir ayuda ninguna, por primera vez oí una variante, que quizás era una variante posible: oí decir que Bolivia no era el punto final del Che Guevara, sino que era una especie de polígono donde tenía que entrenar la guerrilla, pero que el objetivo final tendría que ser Argentina, su país natal, donde había un fuerte movimiento clandestino que se levantaría en el momento de la incursión de las tropas desde afuera. Así que, en este caso, no se trataba de ninguna divergencia entre Fidel y el Che. Era un proyecto geopolítico: la repetición, en cierto modo, de la hazaña del propio Fidel, pero en otra escala, en otra región. De modo que las divergencias entre el Che y Castro son patrañas que he oído mil veces y a las que no les veo ni una sola justificación. Siempre que las oigo, digo: 'Pruébemelo, por favor'. El silencio es absoluto.

Lo otro que suele repetirse es la contraposición entre Fidel y Raúl. Desde el principio de la revolución se ha dicho que Raúl es un comunista, un hombre sediento de sangre, un hombre muy adicto al Kremlin y cosas así. En cambio, que Fidel es más democrático; que es otra cosa. Raúl mismo, claro, se sonríe cuando oye eso, porque él ha dicho mil y una veces que es el primer fidelista en Cuba. Pero de vez en cuando se vuelve a oír la misma cosa...

Usted menciona el proceso que se llevó en Cuba contra unos generales. Claro, también ahí comenzó a decirse: 'Hay una escisión en las filas de los militares cubanos...'. Los cubanos tomaron actas taquigráficas de ese proceso judicial contra los generales y yo tuve acceso, en mi país, a las versiones en castellano y en ruso de esas actas.

—¿Le pareció normal ese proceso?

—A mí me pareció que el proceso se llevó a cabo de manera absolutamente normal, pero me produjo una impresión muy fuerte. ¿Usted es cubano?

—Sí.

—Entonces usted también debe haberlas leído. Mire, cuando Fidel se dirige a los acusados les dice: 'Ustedes entraron en contacto con narcotraficantes en Colombia, siendo ciudadanos y oficiales de Cuba. Pero ¿no se daban cuenta que ponían en peligro la propia Revolución cubana? Si en aquel momento los hubieran cogido ahí, con las manos en la masa, los norteamericanos se habrían sentido con derecho a invadir Cuba, por considerarla una zona de narcotraficantes'. Claro, eso era muy peligroso.

Después de leer el acta, no tuve dudas de que realmente había habido una vinculación con el narcotráfico y que eso era muy peligroso para la Revolución cubana. Además, esta gente ya había hecho varios embarques de narcóticos a Estados Unidos. Es difícil pensar que los contactos no eran controlados por algún organismo de seguridad de Estados Unidos.

—*Pero, teniendo en cuenta el centralismo del modelo cubano, ¿no le parece extraño que hubiera generales con tanta autonomía como para establecer ese tipo de contactos?*

—Yo no tengo ningún otro dato salvo las actas taquigráficas del proceso, y de las actas se desprende que había unos núcleos, el grupo de los oficiales y el general del Ministerio del Interior al que usted se refiere, que tenían, en verdad, una gran libertad de acción. Mire, este mismo tipo de grupos también existía en Bulgaria, en Alemania, en nuestro país. Porque en aquella época, con la escasez de divisas, se crearon esos grupos para que hicieran operaciones en el extranjero con el fin de obtener divisas: algunas veces vendiendo armamentos, otras veces abriendo compañías comerciales en el exterior. Al parecer, los generales cubanos —los hermanos De la Guardia, si mal no recuerdo que se llamaban— tenían esta misma misión. Creo que operaban algunas compañías en Panamá y, según se me ha dicho, como esas compañías no daban para cumplir los planes que les fijaba el gobierno, decidieron, sin decirle a nadie, alcanzar esas metas en favor del Estado vendiendo narcóticos. Es decir, intentaron conseguir divisas por medios ilegales. Y, claro, cuando se entra en eso, casi no hay salida...

Por eso, yo no tengo ninguna duda respecto de este proceso. Pero todo lo que se ha dicho después, de que hubo un complot, etc., no lo creo. Fue un juicio abierto...

—*No fue abierto.*

—Pero ahí hubo muchos testigos.

—*Lo que usted conoció fue un juicio 'ideal', no 'real'. Sólo un grupo muy reducido conoció el verdadero juicio.*

—Yo me apoyo solamente en los papeles, en las actas taquigráficas y los documentos del tribunal, los que a mí me convencieron. Cualquier cosa que se relacione con el narcotráfico es algo que se debe temer.

Mire, cumpliendo encargos de mi gobierno, en Panamá, yo tuve muchos contactos con el general Noriega. Yo pensaba que sería conveniente que se establecieran relaciones diplomáticas entre Panamá y la Unión Soviética, y un día le planté al general Noriega, simplemente a boca de jarro, que para convencer a la dirección soviética de establecer relaciones diplomáticas era necesario asegurarles que él no tenía ninguna vinculación con el tráfico de drogas, de lo cual lo acusaba la prensa de Estados Unidos. Le pregunté abiertamente eso, porque era algo que no podía eludir. Entonces él me dice: 'No le voy a contestar nada. Usted va a tener varias entrevistas con gente del Gobierno para que le expliquen la situación del narcotráfico en Panamá'. Y vinieron a verme el Ministro del Exterior, el Procurador General de la República, el Jefe de la Administración de la Lucha Contra Narcóticos. Es decir, tuve una serie de entrevistas. Cada uno me explicaba las diferentes medidas que tomaba Panamá para evitar el tráfico de drogas: me enseñaron la Medalla de Oro que recibieron por la lucha contra narcóticos; me hicieron presente que las compañías norteamericanas que volaban en América Latina hacían la última parada en Panamá, con el fin de que fueran revisadas por la división antinarcóticos antes de arribar a Estados Unidos, etc. Me convencieron de que Panamá, como país, no tenía nada que ver con narcóticos.

Pero nadie me dijo que el general Noriega, personalmente, no tenía ninguna vinculación. Hay cosas que siempre tienen sus sutilezas... Cuando regresé a la jefatura política de mi país entregué mi informe y les dije que estaba seguro de que Panamá estaba limpia, pero que no podía asegurarlo respecto de Noriega. Finalmente establecimos relaciones con Panamá.

Pero Noriega nunca reconoció ante mí esa vinculación, ni tampoco lo hicieron otros; de modo que en estas cosas siempre quedarán algunas zonas de duda...

—*Volviendo al tema de Chile, después del golpe militar, al parecer, por lo menos así dicen algunas publicaciones, hubo intentos de sus colegas, por ejemplo de la República Democrática Alemana, de ayudar a rescatar a partidarios del gobierno de Salvador Allende. ¿Tuvo su institución alguna participación en actividades u operaciones con esa finalidad?*

—Sí. Hubo un plan o, más bien, una idea loca, pero quizá posible de realizar, cuyo autor está ante ustedes ahora; lo digo con toda responsabilidad.

A nosotros siempre nos hechizaban algunas de las hazañas realizadas por otros servicios de inteligencia que hacían cosas inauditas, valientes; sobre todo la Inteligencia israelí. Tal vez recuerden ustedes el secuestro de Eichmann, en Argentina, en los días que este país celebraba el aniversario

de la Revolución de Mayo, en 1960. Nadie se dio cuenta de que solamente dos delegaciones extranjeras llegaron en sus propios aviones: una era la soviética, en la que venía el Primer Ministro Kosygin; la otra era la delegación israelí. Las dos eran muy numerosas, como de 50 personas cada una. Los israelíes venían para secuestrar a Eichmann. Después de arribar cogieron a Eichmann (lo habían localizado con anterioridad) y un miembro de la delegación israelí dejó la ciudad. En el momento de abordar el avión de vuelta a Israel, trajeron a Eichmann, narcotizado, en un estado de media somnolencia, y dijeron en inmigración que se trataba de un compañero que había bebido mucho por la independencia de Argentina. Así, Eichmann, que ocupó en el avión el lugar de aquel miembro de la delegación que se había esfumado, apareció después en Israel, donde fue juzgado.

Claro, estas cosas que hacen de vez en cuando los servicios de inteligencia son emocionantes. Entonces, cuando supimos que Luis Corvalán y algunos compañeros chilenos estaban reclusos en la isla Dawson, ahí en el estrecho de Magallanes, surgió la idea de cómo salvarlos, de cómo hacerles este tributo a nuestros compañeros de clase, de armas ideológicas, si se quiere. Entonces se ideó un plan un poco aventurero que era liberarlos por la fuerza, pero sin dejar huellas exteriores.

El plan consistía en usar un barco comercial de carga, de gran tonelaje, con una cubierta que se abre y una segunda cubierta en la que habría tres helicópteros, o cuatro si era necesario, armados con todo lo que era necesario para aplastar la resistencia de los guardias del campamento en Dawson. Teníamos vistas de la isla tomadas desde satélites; también teníamos maquetas del campamento para hacer la operación comando. Era algo sencillo. Se enviarían también, si era necesario, uno o dos submarinos a esa zona, y cuando el barco estuviera a unos 15 kilómetros de distancia del campamento, saldrían helicópteros y súbitamente asestaríamos un golpe. Primero destruiríamos los medios de comunicación —las antenas— para evitar que llegara la señal del ataque; y después, aplastando el destacamento de la guardia, que no era muy grande, aterrizaríamos y recogeríamos a Luis Corvalán. Lo llevaríamos a bordo del helicóptero a unos cincuenta kilómetros de ahí, a un lugar destinado a los submarinos. Los helicópteros serían luego destruidos, usando una carga fuerte, en un lugar de mucha profundidad, de modo que no hubiera modo de encontrar ningún trazo de ellos.

Éste fue el plan general. Después ya vendrían los aspectos técnicos. Pero cuando se le presentó este plan a la jefatura, nos miraron como si fuéramos medio locos y todos nuestros intentos para convencerlos de estu-

diar con mayor profundidad el plan fueron infructuosos, aunque los militares estaban de acuerdo con prestar los medios necesarios para llevarlo a cabo. Desgraciadamente o afortunadamente, no sé cómo decirlo ahora, el plan no se realizó. Pero confieso que lo hubo. Lo describo también en mi libro, de manera que esto ya es del dominio público. □